

EL TIEMPO DE CAMBIAR

LOS VESTIDOS Y LOS ODRES.

INTRODUCCIÓN:

Después de la muerte de los Apóstoles, la Iglesia experimentó corrupción y desviación de la verdad. Desde ese tiempo, el Señor mismo siempre ha estado procurando recobrar en la Iglesia Su propósito eterno, el cual planificó en el Hijo desde antes de que el mundo fuese. Verdaderamente la Iglesia comenzó con Apóstoles genuinos que captaron por revelación lo que habría de hacerse con las Iglesias locales, cómo estas debían ser edificadas, cómo los hijos de Dios que las conformaban deberían de caminar y desarrollarse, cómo deberían vivir corporativa y orgánicamente de manera que el Plan Eterno de Dios se gestara y se concretara en ellas (las Iglesias locales).

Conforme fueron muriendo los Apóstoles y las Iglesias se iban extendiendo, la corrupción entró en todos los aspectos; las Iglesias comenzaron a ser absorbidas y deterioradas por los sistemas religiosos que se levantaron y que, luego, la convirtieron en una estructura que opacó totalmente lo que en sus inicios fuera una Iglesia corporativa-orgánica.

La gran mayoría de las Iglesias locales empezaron a vivir de manera religiosa y obviamente perdieron la vida orgánica que Dios había diseñado para ellas. Con el paso de los siglos, la historia de la Iglesia quedó escrita y reconocida a lo que hasta el día de hoy es una institución religiosa implantada y dirigida por hombres. Dicha institución religiosa sabemos que la conocemos en dos grandes ramas: “el catolicismo” y “el protestantismo”. Todo vestigio de lo que un día fue la Iglesia del principio, una Iglesia vibrante, sencilla, ajustada a la Oikonomia de Dios quedó en el olvido.

Ahora bien, así como entró la corrupción en la Iglesia, también Dios se ocupó de gestar y mantener un recobro entre creyentes genuinos que no quisieron contaminarse con las instituciones religiosas; tales creyentes pudieron salir de las fauces de dichos sistemas religiosos y siguieron viviendo la Vida de Iglesia tal como Dios la planeó: corporativa y orgánica. Paralelo a la corrupción, Dios siempre invitó a los creyentes genuinos a salir de en medio del ámbito insano de la religión y que se integraran como un solo Cuerpo para formar la Iglesia.

La palabra Iglesia en el griego es “Ekklesia” y significa: “los que son llamados a salir”. Esto nos muestra que así como muchos lo hicieron a lo largo de la historia con tal de conformar la Iglesia, nosotros también debemos salir de los sistemas religiosos que el hombre ha levantado. Nos es necesario vomitar, dejar atrás todo concepto y estructura

religiosa en la que conocimos al Señor, y conformar lo que genuinamente Dios diseñó como Su Iglesia. Dios nos sigue invitando hasta el día de hoy a que salgamos de las “denominaciones”; nos invita a que, no sólo subjetiva sino objetivamente, abandonemos lo que no le agrada, que desatendamos lo que no es parte de Su recobro.

Desde los días de Cristo hasta nuestros días, La Iglesia vencedora siempre ha sido muy pequeña ante los ojos de los hombres; ha sido tan pequeña que ni siquiera ha sido digna de ser contada entre los anales de la historia. El anonimato fue el precio a pagar de aquellos creyentes que un día se atrevieron a salir de las líneas religiosas para establecer la Iglesia conforme a la Oikonomia de Dios y hasta el día de hoy es el mismo precio a pagar.

Por más de 1500 años nunca hubo una verdadera renovación de la Iglesia, y lo que muchos llaman en la historia como “La Reforma”, que fue cuando Martín Lutero se opuso a la Iglesia Católica en el año de 1520, dista de haber sido una genuina transformación. Lo único que hizo Martín Lutero fue cambiar de un estilo religioso a otro. Dios nos llama hoy a que hagamos una verdadera “reforma” siendo Iglesias orgánicas-corporativas.

Las Iglesias del Principio, las que fundaron los Apóstoles de Cristo no fueron apreciadas, no fueron valoradas, no fueron famosas, no necesariamente fueron numerosas, sólo tuvieron una cualidad en común: todas tuvieron que salir de en medio de algún contexto religioso, fueron la Ekklesia. Dejaron los sistemas, las estructuras, los formalismos y las ideas de los hombres y se dispusieron a ser y a tener Vida de Iglesia según la revelación del Nuevo Testamento. De allí se ha levantado la Iglesia vencedora, cada creyente que ha aceptado el reto de salir de la religión ha agradado el corazón de Dios, aun así, no sea considerado ni elogiado por los hombres.

En un sentido figurativo a los creyentes del Nuevo Pacto que han salido de los sistemas religiosos, hay un pasaje paralelo muy hermoso que describe a hombres que se atrevieron a creerle a Dios y salir de sus contextos religiosos. Dice *Hebreos 11:36* “*Otros experimentaron vituperios y azotes, y hasta cadenas y prisiones. v:37 Fueron apedreados, aserrados, tentados, muertos a espada; anduvieron de aquí para allá cubiertos con pieles de ovejas y de cabras; destituidos, afligidos, maltratados v:38 (de los cuales el mundo no era digno), errantes por desiertos y montañas, por cuevas y cavernas de la tierra. v:39 Y todos éstos, habiendo obtenido aprobación por su fe, no recibieron la promesa, v:40 porque Dios había provisto algo mejor para nosotros, a fin de que ellos no fueran hechos perfectos sin nosotros*”. En el Antiguo Testamento Dios halló santos fieles, pero a lo largo de la historia desde Cristo hasta nuestros días, también muchos creyentes han sido hallados fieles. Seguramente, los creyentes del Nuevo Pacto que han logrado separarse de los sistemas religiosos han tenido que perder mucho de sus vidas, han tenido que andar errantes, han tenido que pagar un precio alto con tal de mantener los principios que Dios ha revelado en Su Oikonomia del Nuevo Testamento.

Por la misericordia de Dios, nosotros estamos viviendo tiempos en los que podemos ver hacia atrás y reconocer que a muchos creyentes les tocó vivir tiempos y circunstan-

cias mucho más difíciles en cuanto a ser una Iglesia corporativa y orgánica. Algunos movimientos, lamentablemente, aunque se dieron cuenta que no estaban bien en las estructuras religiosas, salieron de un sistema religioso pero por falta de revelación sólo iniciaron otro. Sin embargo, Dios siempre se ha provisto de creyentes fieles que le den avance a Su Plan y tengan Vida de Iglesia, según Su Oikonomia, Según Su Plan, el cual trazó desde antes de la fundación del mundo.

Ahora bien, yo quiero que leamos los siguientes pasajes:

Mateo 9:14 “Entonces se le acercaron los discípulos de Juan, diciendo: ¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos, pero tus discípulos no ayunan? v:15 Y Jesús les dijo: ¿Acaso los acompañantes del novio pueden estar de luto mientras el novio está con ellos? Pero vendrán días cuando el novio les será quitado, y entonces ayunarán. v:16 Y nadie pone un remiendo de tela nueva en un vestido viejo; porque el remiendo al encojarse tira del vestido y se produce una rotura peor. v:17 Y nadie echa vino nuevo en odres viejos, porque entonces los odres se revientan, el vino se derrama y los odres se pierden; sino que se echa vino nuevo en odres nuevos, y ambos se conservan”.*

*Lucas 5:36 También les dijo una parábola: **Nadie corta un pedazo de un vestido nuevo y lo pone en un vestido viejo; porque entonces romperá el nuevo, y el pedazo del nuevo no armonizará con el viejo. v:37 Y nadie echa vino nuevo en odres viejos, porque entonces el vino nuevo romperá los odres y se derramará, y los odres se perderán, v:38 sino que el vino nuevo debe echarse en odres nuevos. v:39 Y nadie, después de beber vino añejo, desea vino nuevo, porque dice: “El añejo es mejor.”***

Si usted es perspicaz para leer, podrá darse cuenta a través de estos versos, que los discípulos del Señor estaban siendo asechados por dos grupos religiosos. Uno de esos grupos era el de los “Fariseos” y el otro grupo era el de “Los discípulos de Juan”. Esto nos da un mensaje muy claro: que hay dos corrientes religiosas que han logrado atrapar, seducir y esclavizar a la Iglesia de Cristo. Los fariseos y Los discípulos de Juan son dos ríos de religiosidad que todavía asechan a la cristiandad; estas dos influencias a lo largo de la historia han logrado esclavizar y seducir con religión a la Iglesia del Señor.

Déjeme decirle que nosotros no estamos exentos de ser asechados por estos ríos de religión, es más, muchos de nosotros quizás nunca hemos salido de tal esclavitud, otros ni siquiera saben que pueden ser esclavos y otros, que van saliendo, pueda que no logren ver que ya están siendo seducidos a volverse nuevamente en religiosos.

LOS FARISEOS

El primer grupo, el de los Fariseos eran los religiosos empedernidos de los tiempos de Cristo. Estos representan a los religiosos tradicionales de hoy, conocen más religión que lo que conocen de Cristo. Muchos de ellos ni siquiera están seguros de ser salvos, dudan de su salvación, sólo están seguros de algo: son totalmente evangélicos, o total-

mente católicos, o totalmente mormones, etc. Ellos no tienen seguridad de muchas cosas de su fe, no tienen mucho de la Vida del Señor, pero una cosa sí tienen clara: están arraigados y comprometidos a la religión que pertenecen. Este grupo de religiosos pueda que no conozcan a Cristo mismo, pero eso no es mucho problema para ellos, pues aprendieron a amar y a perseverar en aquellas cosas que son el pivote de su religión.

Otra característica que tiene este grupo religioso es que no le dan importancia a lo que Dios le revela a alguien por medio de la Palabra. Ellos no tienen el más mínimo interés de cambiar las cosas que para ellos son una “tradicción” heredada de sus padres. Ellos mantienen sus conceptos, se esfuerzan por cumplirlos, son personas abnegadas y dedicadas a sus tradiciones. Para el caso, si hablamos de cristianos religiosos, nos daremos cuenta que estos están más aferrados a sus costumbres cristianas que a la revelación de la Palabra. ¡Qué distante de ser un hijo de Dios se puede volver un creyente que ame más sus tradiciones que la revelación de la Palabra! Estos Fariseos representan a los religiosos que no están dispuestos a cambiar nada de ellos. Su gloria es vivir, conservar y mantener firmes sus tradiciones antes que lo que diga la Palabra misma. Podrán tener prácticas paganas, indecentes y fuera del contexto bíblico, pero ellos jamás las cambiarán porque son parte de la tradición de su círculo religioso.

“Si la verdad de Dios no me hace cambiar en mi obrar y en la manera de conducirme en la vida, entonces, soy un religioso a la manera de los “Fariseos”. Yo creo que muchos todavía están en este grupo. Si usted escucha la palabra, la estudia y hasta aporta en las reuniones, pero no cambia ni un ápice de su vida, seguro que es religioso a la manera de los fariseos. Hace algunos días me enteré que todos estudiaron acerca de los diezmos, le pregunto: ¿cambió usted sus finanzas para con el reino de Dios, o sigue tan igual que antes robándole? Si usted no fue capaz de cambiar en nada su disposición de darle a Dios, usted es un fariseo. El Señor les dijo a los fariseos: “Hipócritas”... porque *“dicen, y no hacen. Porque atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas”* (Mateo 23:2-4).

Recuerdo que hace ya varios años el Señor me mostró que no debía ponerles nombre a las Iglesias. Desde ese momento comencé a estudiar Las Escrituras para poder tener base bíblica para creer y decir semejante cosa y en efecto comencé a compartir con ciertos hermanos, algunas “espiguitas” en torno a estas cosas. En esos días me recuerdo que cada vez que llegaba a alguno de los locales de reunión, lo primero que miraba era el gran rótulo que decía “IGLESIA DE CRISTO RHEMA”. El Espíritu me hacía sentir en mi interior como un tizón, su palabra me quemaba y me decía a mi conciencia: “Ya te enseñé que no debes ponerle nombre a las Iglesias, ¿qué estás esperando para quitar los rótulos?”. Pasaron los días y me resistía a quitar los rótulos pero cada vez que los miraba me sentía cargado; hasta que un día sentí que el mensaje de Dios fue directo y supe que tenía que quitarlos o terminaría siendo solo un religioso. ¡Hermanos! Si escuchamos la palabra y no cambiamos somos los “Fariseos” modernos.

El Apóstol Pablo supo lo importante que era conservar y perseverar en la doctrina de los Apóstoles. Dice *1 Corintios 11:1* “*Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo. v:2 Y os alabo, porque en todo os acordáis de mí y retenéis las instrucciones tal como os las entregué*”. (*La Biblia Textual*) Esta era la posición de las Iglesias ante el mensaje apostólico, retenían las instrucciones que les daban. Yo no les diré lo contrario, más bien, reitero las palabras del Apóstol Pablo y les exhorto a que retengan las instrucciones que les doy, pues si así obran estarán en la disposición de verdaderos discípulos del Señor, pero si oyen y no hacen, dense cuenta que sólo son religiosos. Le pregunto: ¿Pone usted por obra lo que entiende?

LOS DISCÍPULOS DE JUAN

Una característica que tenían “los discípulos de Juan” es que ellos se sentían orgullosos de ya no ser “fariseos”. Recordemos que éstos eran discípulos de Juan el Bautista, del hombre que tuvo la revelación de Cristo. Estos religiosos se convirtieron en una renovación religiosa, se emocionaron tanto en lo que les revelaron, que de tanta felicidad no fueron capaces de seguir a Cristo. Estos eran como los “evangélicos” de hoy en día, los cuales comienzan creyendo que Cristo ha hecho algo en sus vidas, y de tanto gozo de lo que Dios les da, se olvidan de seguir verdaderamente al Señor.

Los religiosos a la manera de “Los discípulos de Juan” tienen cierta renovación en su doctrina, tienen los ojos abiertos para comprender que hay otros religiosos peores que ellos, aborrecen la religión pero ellos mismos son religiosos, creen que no son religiosos porque ya superaron ciertas prohibiciones externas en cuanto a vestido, comida y bebida; sin embargo, a mi parecer están peor que los fariseos.

¿Qué actitud debió tener Juan ante el conocimiento de Cristo en el Jordán? Para empezar, Juan tendría que haber dejado su liderazgo, su grupo de discípulos, dejar de bautizar gente y volverse un discípulo más de Cristo para más tarde llegar a ser un Apóstol del Señor. ¡Qué tremendo hubiera sido que existiera un Juan (el Bautista) entre los apóstoles! Pero Juan, con su actitud, sólo dio inicio a una religión, la cual, si bien es cierto se originó de una revelación divina, pero fue parcial, se olvidó de ir tras la plenitud del conocimiento de Cristo.

Hoy en día existen muchos ministerios evangélicos que sus inicios sí fueron por el Espíritu, sus líderes se enamoraron y se conformaron con la parcialidad, se enamoraron de los milagros, de la liberación, del evangelismo, de echar fuera demonios, de hablar en lenguas, de los dones, de ver desfallecer a las multitudes, etc. ¡Hermanos! Así fue Juan, un genuino ministro, tenía un verdadero llamamiento del Señor, tenía un mensaje confrontativo, no reparaba en decirle la verdad a cualquiera que lo escuchara, un hombre con una

unción tan tremenda que seis meses de su ministerio bastaron para revolucionar a todo Israel.

¿Cuándo se convirtió Juan y su movimiento en un grupo religioso? La Biblia dice que días más tarde, luego que Juan bautizó a Jesús, Jesús también empezó a bautizar gente a través de sus discípulos. El mensaje que el Señor le dio a Juan, al bautizar, era más que claro: “Juan deja de bautizar, ya terminó tu tiempo en el Jordán”. Sin embargo, Juan no quiso darle paso a Cristo, ni tampoco quiso ir en pos de Él, no entendió el mensaje, siguió bautizando, entonces se volvió un religioso. Hermanos, esta es la misma actitud que toman muchos en sus vidas desviándose a una religión, quieren tener siempre en alto la antorcha de antaño; esta es la actitud de los religiosos, con su orgullo quieren sostener lo insostenible.

Si la verdad de Dios me hace cambiar y avanzar de alguna manera pero sigo pegado a un movimiento religioso que surgió de las verdades que he llegado a conocer, y pretendo seguir al Señor con las doctrinas y no con la comunión orgánica e íntima con Él, entonces, soy un religioso a la manera de los discípulos de Juan.

Los discípulos de Juan llegaron a ser mucho más religiosos que el mismo Juan, ellos tampoco siguieron a Cristo por la vía de la vida orgánica. Ellos quisieron conocer al Señor con su mente, pensaron que la solución era tener buena doctrina, por eso siempre iban a visitar a Juan a la cárcel para que les dijera si Jesús era o no el Cristo. ¡Qué tremendo! En lugar de seguir a Cristo, iban a visitar al preso Juan. Ellos amaban más a su líder y su movimiento que a Cristo el autor de la Vida. Así es el religioso, hace de su líder y su movimiento lo más grande en la vida.

Hermanos, no sigamos la ruta de Juan y sus discípulos. Juan creía que la información que le daba y le pedía a sus discípulos acerca de Jesús le iba a solucionar sus cárceles, pero no fue así, Juan terminó encarcelado y sin cabeza. Seguramente es un gran mensaje para nosotros, no tratemos de seguir al Señor por la vía de nuestra mente. Si usted cree que leer la Biblia y llenarse de información es buscar a Dios, yo le sugiero que no la lea; la misma Escritura dice que *la letra mata (2 Corintios 3:6)*. Hermano, las doctrinas no hacen libre a nadie. El Señor dijo: “*y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres*” (*Juan 8:32–33*). Esta palabra “verdad” no se refiere a conocimiento, sino a la “realidad” que es Cristo. Jamás el sentido de este verso es “conoceréis muchas doctrinas y eso los hará libres”, ¡No! el Señor dijo: “*Conoceréis la verdad...*” (es una sola verdad) y Él mismo también dijo: “*Yo soy el Camino, la Verdad...*”, ¡Ah! Entonces, la verdad que nos hace libres es Cristo (Su persona).

Bendito Dios que ya nos hartamos de la tradición, del legalismo, que ya no tragamos los sistemas religiosos evangélicos, pero si aún seguimos al Señor con nuestra cabeza, con nuestro intelecto, queriendo encontrar aprobación haciendo lo bueno y dejando de hacer lo malo, aún somos religiosos. El conocimiento doctrinal sólo nos vuelve orgullosos, pero no hace avanzar en lo más mínimo el Plan de Dios. Yo creo que han habido muchos santos que con la décima parte de lo que Dios nos ha mostrado lo han vivido a Él

y han salido aprobados delante de Él. Los religiosos no siguen al Señor de manera orgánica, no saben lo que es tener comunión con Dios por el espíritu, porque lo único que saben de Dios es lo que tienen en su mente.

Los discípulos de Juan también fueron religiosos porque amaron a su líder más que a Dios mismo. Gracias a Dios, yo sé que muchos ya están desencantados de Marvin Vélez, pues, ya llevo años de no proponerme para las iglesias como un líder evangélico, pero con todo y mis ausencias como un clérigo entre las iglesias, creo que hay hermanos a quienes todavía mi persona les es útil para vanagloria de su carne; me siguen viendo como los discípulos de Juan, quienes sacaban gloria de su líder, aun cuando éste estaba preso. ¡Dios nos haga libres de esa actitud religiosa de seguir líderes!

Otra actitud religiosa de los discípulos de Juan fue amar su grupo de reunión. Aunque no tenían un nombre como los “Fariseos”, amaban su movimiento. Yo le pregunto a usted hermano: ¿ama usted al Cuerpo de Cristo o ama a su “grupo” con los que se reúne? Hay quienes temen tanto de separarse de los hermanos con los que se reúnen que ni siquiera piensan en expandir el Reino de Dios, tal actitud no es tener amor por el Cuerpo de Cristo, sino religión, aman más su grupo que al Cuerpo de Cristo. Si de verdad tuvieran amor, estuvieran dispuestos a reunirse con dos o tres, independientemente de quienes sean, y juntos pudieran ofrecer sacrificios aceptos y agradables a Dios.

Los que dejan de ser religiosos son los que mantienen una comunión orgánica e íntima con el Señor y los que aman a los hermanos a nivel del Cuerpo de Cristo. Los que no son así, son religiosos como los fariseos o a la manera de los discípulos de Juan. Constantemente la Iglesia estará siendo invitada a seguir cualquiera de estas desviaciones religiosas, pero ¡hermanos! Dios quiere edificar a la Iglesia de una sola manera, bajo el fundamento que Él les enseñó a los apóstoles: Cristo y la Iglesia. Desde los tiempos de Cristo hasta nuestros días siempre ha existido la pugna de la religión, por lo tanto, debemos de estar alertas de no ser arrastrados a tal engaño. ¡Dios nos libre de convertir una vez más al Cuerpo de Cristo en otra institución más!

Hay hermanos que poco les falta para que se les vea en sus frentes la viñeta de su movimiento en el que conocieron al Señor, suspiran por su ex-iglesia, todavía se emocionan al ver los templos a los que asistían, extrañan las actividades, la música, las reuniones, etc. Dios les tiene que hacer el milagro no sólo de haberlos sacado de esos lugares, sino también que les salga la religión del corazón. Yo creo que hay más posibilidades de que alguien salga de la esclavitud del alcohol o de las drogas, que aquel que tiene el vicio de la religión. La religión es una pasión profunda del alma.

Hermanos, yo les insto a que mantengan su comunión íntima con el Señor todos los días de su vida, no hagan de su comunión con Dios una relación de “amantes”, sólo de vez en cuando. Dios nos ha llamado a que seamos Su esposa, nos debemos diariamente a la comunión con Él. Conozcámoslo a Él, estemos delante de Él, más que leer, cantar o estar con nuestro grupo de reunión. Si usted puede vivir en estas dos esferas de Vida or-

gánica, tanto delante del Señor como con Su Cuerpo que es la Iglesia, puedo asegurarle que está saliendo de la religión.

EL ERROR DE REMENDAR EL VESTIDO VIEJO

CONVOCATORIA APOSTOLICA, SÁBADO 4 DE ABRIL DE 2015.-

En esta sección nos ocuparemos de tratar lo concerniente a la parábola de Mateo 9:16 “ *Y nadie pone un remiendo de tela nueva en un vestido viejo; porque el remiendo al encogerse tira del vestido y se produce una rotura peor*”. ¿Cómo podemos interpretar esta parábola? Podemos decir que esta parábola nos muestra como nosotros, ciegamente, queremos mantener nuestros vestidos viejos y pedirle al Señor sólo una pequeña parte de lo nuevo que Él nos ha dado para cubrir lo que nos hace falta.

En esta parábola, vemos a un hombre que cometió dos errores: por un lado, él concibió que tenía un vestido viejo, el cual, necesitaba una pequeña reparación y para ello usó un pedazo de tela de un vestido nuevo que tenía; por otro lado, aunque reconoció que el vestido nuevo lo obtuvo de gracia (regalado), fue él quien se tomó la tarea de cortar un pedazo del vestido nuevo para hacer un remiendo en el vestido viejo. Esta manera de ver las cosas es un reflejo de las actitudes que, religiosamente, nosotros tenemos ahora que conocemos al Señor. Mencionaré brevemente cada una de ellas:

- 1. *Poner remiendo de tela nueva en vestido viejo*** es la evidencia religiosa de querer mantener nuestra vida vieja y pedirle al Señor sólo una parte de lo de Él para cubrir lo que creemos que nos hace falta ¡Craso error! Esta actitud es casi decir: “Yo tengo muchas cosas buenas y las que me hacen falta Cristo me las agrega”.
- 2. *Pretender que el vestido viejo se convierte en nuevo***, es creer religiosamente que al venir a Cristo, Dios nos ayuda en lo que nos hace falta y el resultado es que ahora somos personas diferentes.
- 3. *Cortar el vestido nuevo para reparar el viejo*** es la vanagloria que el hombre religioso busca de hacer las cosas por sí mismo. En esta forma

de proceder queda plasmado cómo es el “orgullo” de los humanos, pues, este hombre hizo las cosas queriendo demostrar cuan habilidoso y suficiente era para arreglar aquella situación. Esta actitud religiosa es como que dijéramos: “Dios es quien pone los elementos necesarios, pero yo soy el que reparo mi vida”.

¡Hermanos! Cualquier persona normal se dará cuenta que este ejemplo que el Señor puso, dejó en evidencia la locura de tal hombre que se atrevió a arruinar un vestido nuevo para arreglar uno viejo. ¡Ah! Pues, déjeme decirle que así de ridículos nos hace ver la vida religiosa que llevamos. Cuántas áreas de nuestra vida hay que no queremos desprendernos, ni aceptar que todo lo tenemos es viejo, pero por causa de nuestro orgullo nos cuesta aceptarlo.

Cuando el Señor viene a nuestras vidas, Su Vida es para nosotros como el vestido nuevo, Él nos dio ropas nuevas de justicia para que nos vistiéramos. Al venir a Cristo somos hechos “justos” ante Dios, pero no por nuestra práctica, sino por la fe en Cristo. La manera en la que el Señor nos justificó es como dice **Romanos 3:21** *“pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios... por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él”*. ¿Por qué vamos a pretender que somos “nosotros” los que llevamos una vida justa? ¿Acaso no vino Dios a lo vil y a lo menospreciado del mundo? ¿Por qué pensar que nuestros vestidos viejos se han vuelto muy buenos? Dios desechó nuestros vestidos viejos, y nos vistió de uno nuevo, no por obras, sino por medio de la fe en Jesucristo.

A veces he escuchado “testimonios” de hermanos que cuentan grandezas de su vida pasada, al punto que ya casi lo hacen pensar a uno que les iba mejor antes que ahora. ¿Acaso no vinieron al Señor porque estaban derrotados? ¿Por qué no se recuerdan lo fracasados que estaban sin Cristo? ¡Ah! Lo que les sucede es que están queriendo remendar su vida vieja, cuando en realidad, lo que deberían hacer es vestirse de Cristo por la fe y disfrutar que fueron justificados por la fe en Jesucristo. El Evangelio nunca nos propuso mejorar nuestras vidas, lo que Cristo nos ofreció es intercambiar Su vida por la nuestra.

Hubo una mujer que por doce años estuvo enferma de flujo de sangre, un día se le acercó por detrás a Jesús y tocó el borde de su manto; porque decía dentro de sí: Si tocare solamente su manto, seré salva. Luego Jesús, conociendo en sí mismo el poder que había salido de él, volviéndose a la multitud, dijo: ¿Quién ha tocado mis vestidos? Sus discípulos le dijeron: Ves que la multitud te aprieta, y dices: ¿Quién me ha tocado? Pero él miraba alrededor para ver quién había hecho esto. Entonces la mujer, temiendo y temblando, sabiendo lo que en ella había sido hecho, vino y se postró delante de él, y le dijo toda la verdad. Y él le dijo: Hija, tu fe te ha hecho salva; ve en paz, y queda sana de tu azote. La lección que el Señor le quería dejar claro a esta mujer era que su sanidad no había sido el resultado de su atrevimiento de meterse entre la multitud para tocar el manto del Señor, sino que había sido la gracia de Dios para ella. Hermanos, aprendamos la lec-

ción que el Señor le remarcó a esta mujer; “Tú intentaste hacer de todo durante muchos años y no pudiste ser sanada”, así nosotros, no perdamos la conciencia de quienes éramos y que nunca pudimos hacer nada por nosotros mismos, entonces, tampoco intentemos o creamos que hemos mejorado.

Necesitamos cambiar nuestros vestidos viejos y para ello nos es necesario tener un conocimiento profundo de que nuestras justicias son como trapos inmundos delante del Señor. Hay quienes que creen que por orar serán justificados, otros piensan que por leer la Biblia Dios los va a bendecir. ¡No! Alguien se preguntará, entonces, ¿Para qué oro y leo la Biblia? Es que el problema es querer hacer para obtener, cuando debemos hacer porque ya tenemos.

Debemos entender la naturaleza del vestido nuevo, el cual tipifica lo que hemos recibido de gracia, porque el hecho de que Dios nos dé muchas cosas a manera de don (sin hacer algo para obtenerlo) no quiere decir que no debemos obrar con lo que nos dio. Por ejemplo, si usted se está muriendo de hambre y vengo yo y le regalo cien dólares, usted no los va a ir a meter debajo de la almohada, la lógica es ir a comprar comida con el dinero que obtuvo de gracia. Entonces, saquemos conclusiones: La religión nace en el hombre cuando hace obras para que Dios le dé; la gracia nos induce a las obras porque ya recibimos el don de Dios.

Yo le hago una pregunta: ¿Ve usted cosas malas en su vida? Seguramente me dirá que sí; a eso yo le respondo lo siguiente: esas cosas MALAS son las que matan la Vida del Señor en su interior. Ahora le hago otra pregunta: ¿Ve usted cosas buenas en su vida? Seguramente, también me dirá que sí; a eso yo le respondo lo siguiente: esas cosas BUENAS, igualmente, matan la Vida del Señor en su interior. ¡Ah! Entonces, no sólo lo malo que nos vemos nos arruina, sino también lo bueno, lo que sucede es que estamos tan apegados a nuestros vestidos viejos, a nuestras obras justas, que nos cuesta trabajo desecharlas y aferrarnos a la fe en Cristo.

Piense un momento en la escena de Caín y Abel, le pregunto: ¿Quién era el mejor de ellos dos? La respuesta es lógica: Abel. Como ya sabemos, Caín fue el malo de la película. ¿Quién fue el que murió? También sabemos que fue Abel. Luego, la Biblia nos narra que a Adán le nació otro hijo a quien llamó: Set. *“Porque Dios (dijo Eva) me ha sustituido otro hijo en lugar de Abel, a quien mató Caín” (Génesis 4:25)*. Set, el hijo sustitutivo fue quien sirvió, finalmente, al plan de Dios. Esto es un símil de lo que nos sucede interiormente, a Dios no le sirve ni nuestro lado de “Caín”, pero tampoco le sirve nuestro lado de “Abel”, a Dios lo que le sirve es la vida del hijo sustitutivo, Set, que en nuestro caso es el mismo Cristo que nos lo dieron al creer.

Quisiera confesarles algo personal: Hace un tiempo no muy lejano, sentía que había llegado un tiempo seco y árido a mi vida. Empecé a revisar en mi corazón muchas cosas, pero no hallaba algo por lo cual Dios estuviera disgustado conmigo. En esos días me dediqué como siempre, a orar, a leer, a orar-leer, a estudiar, sin embargo, no sucedía nada. Todo lo que hacía lo sentía estéril y carente de la Vida de Dios. Un día le empecé a orar al

Señor más o menos lo siguiente: “Señor, Tú sabes el amor que tengo por tu palabra, que desde joven he amado leer La Escritura y estudiarla, por favor, no me desprendas de ella...” y por más que oraba, todo seguía seco. Hasta que un día percibí, en mi espíritu, que me dijo más o menos lo siguiente: “¡Marvin, ya basta, hartó estoy de escucharte decir que amas mi palabra; tú aún no conoces tu naturaleza!” Entonces, entendí mi situación; Dios quería mostrarme que el amor por Su palabra no procedía de mi naturaleza, sino era un don que Él me había dado. Entendí que en mí no había nada bueno y que ese amor a la palabra era el resultado de haber respondido a lo que Él mismo me dio el día que lo conocí. Hermano querido, esa debe ser la conciencia que debemos tener de nosotros mismos, reconocer lo que el Apóstol Pablo dijo un día: “*Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien...*” (Romanos 7:18). Si eso llegó a entender el Apóstol Pablo ¿Cuál debería ser nuestra experiencia? Debemos estar conscientes, que, como dijo el profeta: “*Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga...*” (Isaías 1:6). ¡Así de podridos son nuestros vestidos viejos, aun cuando consideremos las partes más buenas! Mis tiempos de sequedad acabaron cuando reconocí lo que era yo y que “*Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces*”. (Santiago 1:17).

Resulta hasta ilógico decirlo, pero en realidad, cuando alguien “no” se ve muchas cosas buenas dentro de sí mismo, es más fácil que Dios obre. Irónicamente, el Apóstol Pablo decía: “*¿Y por qué no decir (como se nos calumnia, y como algunos, cuya condenación es justa, afirman que nosotros decimos): Hagamos males para que vengan bienes?*” (Romanos 3:8). Es que a los ojos de Dios sale más librado el que reconoce su pecado, que el que cree que no tiene; por eso dice La Escritura: “*... cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia*”.

Leamos lo que dice Lucas 7:36 “*Uno de los fariseos rogó a Jesús que comiese con él. Y habiendo entrado en casa del fariseo, se sentó a la mesa. v:37 Entonces una mujer de la ciudad, que era pecadora, al saber que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo, trajo un frasco de alabastro con perfume; v:38 y estando detrás de él a sus pies, llorando, comenzó a regar con lágrimas sus pies, y los enjugaba con sus cabellos; y besaba sus pies, y los ungía con el perfume. v:39 Cuando vio esto el fariseo que le había convidado, dijo para sí: Este, si fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que le toca, que es pecadora. v:40 Entonces respondiendo Jesús, le dijo: Simón, una cosa tengo que decirte. Y él le dijo: Di, Maestro. v:41 Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta; v:42 y no teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos. Di, pues, ¿cuál de ellos le amará más? v:43 Respondiendo Simón, dijo: Pienso que aquel a quien perdonó más. Y él le dijo: Rectamente has juzgado. v:44 Y vuelto a la mujer, dijo a Simón: ¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, y no me diste agua para mis pies; mas ésta ha regado mis pies con lágrimas, y los ha enjugado con sus cabellos. v:45 No me diste beso; mas ésta, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies. v:46 No ungiste mi cabeza con aceite; mas ésta ha ungido con perfume mis pies. v:47 Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; mas aquel a quien se le perdona poco, poco ama*”.

Hermanos, nosotros necesitamos tener claro este principio que dijo nuestro Señor: *“Aquel a quien se le perdona poco, poco ama y al que mucho se le perdona, mucho ama”*. Esa mujer fue capaz de quebrar su frasco de perfume carísimo porque tenía conciencia de su condición pecaminosa. Dios haga, por Su Espíritu, esa obra penetrante en nosotros, que nos muestre realmente lo que somos. ¿Cuándo entenderemos que a Dios no le sirve nuestro intelecto, ni nuestra profesión, ni nuestras habilidades? Yo le exhorto a que no preserve nada de lo suyo, deseche sus vestidos viejos y vístase del nuevo que es Cristo.

Concluamos esta sección con lo que el Apóstol Pablo dijo: *“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí...”* (Gálatas 2:20). Estas palabras tienen el mismo sentido de decir: “mis vestidos viejos los deseche de mí (porque ya no vivo yo), ahora me visto con el vestido nuevo (porque Cristo vive en mí)”.

LA NECESIDAD DE CAMBIAR LOS ODRES

Mateo 9:17 *“... Y nadie echa vino nuevo en odres viejos, porque entonces los odres se revientan, el vino se derrama y los odres se pierden; sino que se echa vino nuevo en odres nuevos, y ambos se conservan”*.

Me parece necesario iniciar diciendo que se le llama vino nuevo al jugo recién sacado de la uva; para que un vino llegue a ser de mucha calidad se necesita dejarlo añejar, en ese proceso el vino nuevo se empieza a fermentar y libera muchos gases. En el tiempo antiguo la manera de añejarlo era almacenándolo en “odres” que consistían en sacos de piel de animal cosida, pegada y preparada para guardar o contener líquidos, especialmente vino. El vino nuevo se tenía que echar en un odre nuevo porque debido al proceso de fermentación los gases que emanaba hacían que el odre se inflara, pero el cuero del odre nuevo era capaz de resistir la presión sin romperse. Ahora bien, cuando llegaba el tiempo de sacar el vino ya añejo, ese odre ya no servía para volver a contener vino nuevo porque ya se había estirado y no soportaba otro proceso de fermentación, si se hacía, se rompía el odre y se desperdiciaba el vino nuevo.

En base a esta figura el Señor nos ha dado un impresionante mensaje: El vino en la Biblia es figura de la sangre, y la sangre nos habla de la vida, podemos interpretar entonces, que el vino nuevo es la Vida nueva que nos han dado en Cristo, es decir, Su persona; de modo que el vino antiguo es nuestra vida pasada, nuestra antigua manera de vivir. El verso también nos habla del odre viejo, este es nuestra alma misma la cual fue conformada según el vino antiguo que teníamos. el vino antiguo y el odre viejo conforman lo que podríamos llamar el Yo.

En la Biblia, muchas veces aparece la palabra “vida”, y esta es traducida o connotada con la palabra “alma”. En realidad, nosotros tenemos una vida del alma, la energía con la cual nuestra alma vive. Dicho esto, podemos decir que “el odre viejo con vino viejo”, es el alma cargada de nuestra vida natural, en otras palabras, el vino viejo es nuestra vida pasada y el odre viejo implica nuestra propia alma junta con nuestro cuerpo la cual llega a constituir la carne, la cual expresa al “yo”. De manera que podemos decir que el ODRE, es el alma y el vino añejo es la vida natural del alma.

En torno a esta verdad que enmarcó el Señor en cuanto a los odres, el error que cometemos es querer experimentar la nueva vida que tenemos en Cristo sin un cambio de odres, o sea tener al señor sin que nuestra alma misma tenga un verdadero cambio, es decir, queremos echar vino nuevo en odre viejo, cuando el Señor dijo que no se puede conservar el vino viejo en odres nuevos, y tampoco el vino nuevo en odres viejos.

Hermanos, hemos sido muy bendecidos de parte de Dios porque Él en Su misericordia nos ha ido sacando de los estigmas religiosos, nos ha revelado en la palabra el misterio que es Cristo y la Iglesia y muchas otras verdades que nos han llevado a tenerlo a Él como centro de nuestro Evangelio, esto nos debiera comprometer mucho más con Dios porque Él nos ha revelado que el vino nuevo es Cristo.

Cuando Cristo vino a nuestra vida Él se hizo uno con nuestro espíritu, Él no llegó al alma, llegó al espíritu. Si la experiencia de Cristo permanece sólo a nivel de nuestro espíritu, es porque aún no hemos echado el vino nuevo en odres nuevos, porque el odre nuevo es el alma humana transformada por el Espíritu. Si seguimos reteniendo a Cristo sólo en nuestro espíritu, seremos como muchos: ¡religiosos! No es complicado confinar a Cristo en nuestro espíritu, pues los problemas vienen cuando Su Vida quiere tabernaculizar (hacer morada) en nuestra alma.

Al religioso le es fácil fingir lo de Cristo, por eso la mayoría de ellos buscan experiencias externas, unciones, cultos de alabanza, milagros, virtudes divinas que se palpen externamente porque no quieren ceder su interior para que sea lleno por el Señor, quieren tocar a Dios pero a su gusto y antojo, quieren que Dios los alegre o los haga llorar sólo un momentito, pero después del culto ellos siguen siendo los dueños absolutos de sus almas.

Hoy sabemos que la experiencia con Dios es la Vida (Eterna), no las experiencias epidérmicas que nos hizo vivir la religión evangélica; en nuestras reuniones del hermanito que menos pensamos fluye la Vida de Cristo, y nos es manifiesta a través de la palabra, y esa palabra nos alienta, nos fortalece y nos edifica como Iglesia. Ante tal experiencia de Vida, hoy que estamos disfrutando del vino nuevo, yo le pregunto: ¿Dónde está guardando ese vino nuevo? ¿Lo está guardando en su alma? El Apóstol Pablo dijo: “**que habite Cristo por la fe en vuestros corazones**” (*Efesios 3:17*) El Señor quiere que suceda este proceso en nosotros, que el vino nuevo que es Él, que llegó a nuestro espíritu sea ahora depositado en nuestros corazones.

Hermanos, el problema de muchos de ustedes es que están echando el vino nuevo en odres viejos, es decir, quieren disfrutar a Cristo en la Iglesia pero al salir quieren seguir disfrutando de los placeres de su alma, eso no se puede. Muchos en la Iglesia prueban el vino nuevo, beben a Cristo, pero se frustran porque al llegar a casa el odre se revienta ¿Por qué? Porque el vino cayó en el odre viejo, en el corazón duro, en el mismo odre machista, rebelde, insujeto, iracundo, etc. en definitiva, el vino nuevo se echa a perder, lo de Cristo se disipa en nosotros. Atendamos el consejo del Señor, el odre viejo sólo puede contener vino viejo; el corazón endurecido con el pasar de los años se va llenando a sí mismo del pecado de los vicios del alma, etc. como dice el pasaje de **Eclesiastés 12:1** **“Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes que vengan los días malos, y lleguen los años de los cuales digas: No tengo en ellos contentamiento”**. El que no cambia su odre viejo, en su vejez experimentará días malos, días de amargura, pues, nunca cambió su manera de vivir.

No quiero que mal entienda este estudio, no le estoy pidiendo que ponga de su parte para cambiar su naturaleza, el mensaje de la gracia es cien por ciento efectivo, el problema es que hemos mal entendido la gracia. El Apóstol Pablo le dijo a Timoteo: **“Guarda, mediante el Espíritu Santo que habita en nosotros, el tesoro que te ha sido encomendado”**. (2 Timoteo 1:14) Lo que nos fue dado en Cristo el día que creímos vino por el Espíritu a nuestro espíritu, sí, pero el problema es que la plataforma de vida sigue siendo la antigua, y eso no sirve, no funciona. Venimos a ser creyentes con la vida de Cristo, pero testarudos, dejamos de ser incrédulos y nos convertimos en creyentes mañosos y orgullosos, seguimos impenitentes, duros, inmutables. La gracia es efectiva, no ha fallado, sin embargo, muchos están naufragando a pesar de tener luz en cuanto a ella porque no cambiaron su odre, no se percataron que el vino nuevo tenía que ser depositado en odre nuevo.

La gran pregunta es, entonces, ¿Cómo hacemos para tener un odre nuevo? Lo que le trataré de explicar a continuación responde esta pregunta y es un adelanto en la revelación que Dios nos ha dado, nunca había compartido esta verdad de la manera que espero hacerlo en esta ocasión. Trataré de explicar esto con dos preguntas: 1. ¿Qué es el odre nuevo? 2. ¿Cómo obtenemos el odre nuevo?

¿QUÉ ES EL ODRE NUEVO?

Si seguimos la enseñanza que hemos puesto como cimiento de estas figuras, podemos decir que el odre nuevo es el cambio que debemos de tener todos aquellos que estamos experimentando la vida del señor a nivel de nuestra alma. es la transformación interior que menciona el mismo Pablo en Romanos 12.2, es la nueva manera de vivir que concuerda con la vida misma del señor que esta siendo experimentada en nuestro corazón.

Pablo habla del viejo hombre lo cual es un sinónimo del odre viejo, y en relación a esto dice:

Colosenses 3:9 “No mintáis los unos a los otros, puesto que habéis desechado al viejo hombre con sus malos hábitos, v:10 y os habéis vestido del nuevo hombre, el cual se va renovando hacia un verdadero conocimiento, conforme a la imagen de aquel que lo creó”.

Notemos que el vivir del señor en nosotros nos produce el deseo de no mentir, y nosotros debemos de responder con una vida que no miente. Pablo habla aquí de los malos hábitos, estos malos hábitos, son lo que se produjeron en nuestra alma a raíz de la vida que nuestra misma alma experimentó, ahora debe de haber un nuevo odre, una alma restaurada de tal manera, que este acorde a la vida divina que ahora esta fluyendo en nosotros.

Tal vez podamos decir esto es imposible, pero no es así, notemos lo que nos dicen estos otros versos:

Romanos 6:6 “sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado con El, para que nuestro cuerpo de pecado fuera destruido, a fin de que ya no seamos esclavos del pecado”.

Efesios 4:21 “si en verdad lo oísteis y habéis sido enseñados en El, conforme a la verdad que hay en Jesús, v:22 que en cuanto a vuestra anterior manera de vivir, os despojéis del viejo hombre, que se corrompe según los deseos engañosos, v:23 y que seáis renovados en el espíritu de vuestra mente, v:24 y os vistáis del nuevo hombre, el cual, en la semejanza de Dios, ha sido creado en la justicia y santidad de la verdad”.

En Romanos, dice que a esto Dios mismo ya le dio solución, ¿como? crucifico a nuestro viejo hombre juntamente con Cristo, nuestro viejo odre ya fue eliminado por el señor, es asunto de creerlo y no pretender echar mano de el, sino mas bien ser renovados por El Espíritu en nuestra mente y así podemos vivir por la vida nueva que tenemos en el señor, el cual quiere expresarse en nuestra propia vida mortal.

desechado, pues, se desecha por la fe, lo solucionamos cuando creemos que morimos juntamente con Cristo.

Él odre nuevo podríamos decir que es; **la renovación que se produce por el Espíritu Santo en nuestro interior.**

¿CÓMO OBTENEMOS EL ODRE NUEVO?

Para que entendamos este punto, permítame parafrasear el pasaje de Efesios 4:23 de la siguiente manera: **“Que seáis renovados por el Espíritu en vuestra mente...”** este es el sentido que tiene este pasaje, en otras palabras es el Espíritu de Dios, quien además de ser el vino nuevo que llena nuestras vidas, viene como espíritu vivificante a renovar nuestro odre.

Quiero dejar bien claros estos conceptos. Yo he compartido siempre que nuestra carne, o sea, nuestra naturaleza humana no será cambiada sino hasta el día de la transformación; pero quiero agregar, y que nos quede muy claro: No podemos ignorar que en este tiempo sí recibimos una transformación profunda por el Espíritu en nuestra mente, al punto que somos transformados en el interior con miras a la transformación de nuestro exterior en el día de Jesucristo. Acerca de esto dice **Romanos 12:2 “Y no os adaptéis a este mundo, sino transformaos mediante la renovación de vuestra mente, para que verifiquéis cuál es la voluntad de Dios: lo que es bueno, aceptable y perfecto”**. La mente, químicamente hablando, no transforma nada ni a nadie, pero por medio de ésta sí se pueden lograr grandes cambios en la manera de ver las cosas.

Alguien me podría preguntar: ¿Hermano, este asunto de cambiar el odre no suena a humanismo? Yo le contestaría que si tal cambio se hace en la fuerza de su carne, sí es humanismo, pero si usted se dispone a renovar su mente por el Espíritu, el cambio es genuino. Hermanos amados, presten atención a esto: En este punto que estamos tratando, Dios se vuelve sólo un instrumento, pero somos nosotros los que debemos renovarnos (por el espíritu). Como leíamos en **Romanos 12:2 “... transformaos mediante la renovación de vuestra mente”** ¡Ah!, entonces tal transformación no la hace Dios (directamente), sino la hacemos nosotros cuando nos renovamos por el Espíritu. El Espíritu fluye por medio de la palabra, por lo tanto, es necesario que nosotros la creamos, la leamos, la hablemos, la oremos, la declaremos, pues, así seremos transformados.

Dice la Escritura: **“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”**. (2 Corintios 5:17). Vivamos con odre nuevo, olvidemos las cosas del pasado y creamos que somos nuevas criaturas en Cristo Jesús. Si así vivimos, iremos hacia adelante, encaminados a la transformación. Para poder cambiar el odre viejo es vital tener fe y ejercitarnos en la palabra. Todo lo nuevo que somos y tenemos en Cristo necesita una vida adecuada para que sea aprovechada. Imagínese los problemas que usted tendría si alguien le regalara un avión, para empezar necesitaría un hangar donde tenerlo, en segundo lugar, debería pensar en una pista de aterrizaje, sólo pensar estas dos cosas nos hace ver que tener un avión implica muchas cosas. Lo mismo nos sucede con Cristo, necesitamos transformarnos mediante la renovación de nuestra mente para que nuestra nueva vida sea acorde a la de Él. Debemos ser diferentes en nuestra manera de vivir a todos los humanos porque nosotros no

somos de este mundo, somos de allá arriba, pero sólo lo logramos cuando renovamos nuestra mente.

Yo le pregunto ¿Cómo es su odre viejo? Dice Efesios 4:22 que éste **“se corrompe según los deseos engañosos”**. Quiere decir que de forma natural todos tenemos deseos engañosos ¿Podrá desarrollarse adecuadamente la Vida del Señor si persistimos en mantener una vida que se corrompe con tales deseos? ¡No! No se puede conservar una vida de victoria en una mente vendida al pecado. El vino nuevo necesita una mente renovada, una mente que anhele “por el Espíritu” los deseos de Dios. Si nos renovamos en nuestra mente, poco a poco podremos decir como el salmista: **“Anhela mi alma y aun ardientemente desea los atrios de Jehová; mi corazón y mi carne cantan al Dios vivo”**. (Salmo 84:2) Tal clamor brota de un odre renovado, de una mente renovada por el Espíritu. Somos nosotros los que tenemos que poner un freno a los deseos engañosos y transformarnos mediante la renovación de nuestra mente.

Dice Efesios 4:23 **“y que seáis renovados en el espíritu de vuestra mente, v:24 y os vistáis del nuevo hombre, el cual, en la semejanza de Dios, ha sido creado en la justicia y santidad de la verdad. v:25 Por tanto, dejando a un lado la falsedad, HABLAD VERDAD CADA CUAL CON SU PROJIMO, porque somos miembros los unos de los otros. v:26 AIRAOS, PERO NO PEQUEIS; no se ponga el sol sobre vuestro enojo, v:27 ni deis oportunidad al diablo. v:28 El que roba, no robe más, sino más bien que trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, a fin de que tenga qué compartir con el que tiene necesidad. v:29 No salga de vuestra boca ninguna palabra mala, sino sólo la que sea buena para edificación, según la necesidad del momento, para que imparta gracia a los que escuchan. v:30 Y no entristezcáis al Espíritu Santo de Dios, por el cual fuisteis sellados para el día de la redención. v:31 Sea quitada de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritos, maledicencia, así como toda malicia. v:32 Sed más bien amables unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, así como también Dios os perdonó en Cristo”**.

Qué tremenda revelación la que nos dice el Apóstol Pablo, pues, a causa de estar renovándonos en nuestra mente, dejamos de hablar falsedad; un odre nuevo nos permite hablar la verdad cada cual con el prójimo; un odre nuevo nos permite airarnos, pero no pecar; note que el Apóstol no está diciendo “el que robe, deje que la Vida del Señor fluya en su interior hasta que ya no lo haga”, sino que responsabiliza a cada uno a que ya no lo haga. Hermanos, un odre renovado es aquel que es capaz de obrar juntamente con el fluir de la vida de Dios, de manera que no interrumpe dicha vida sino que mas bien es un canal adecuado de expresion. aleluya.

Pensemos un momento en el “perdón” ¿Por qué nos cuesta tanto perdonar? Porque el rencor, el odio y la amargura es un placer de la carne, es un deleite de la naturaleza humana, pero la Biblia nos dice que ya no seamos así, que aprendamos a perdonar. ¿Cómo seremos capaces de perdonar? Solamente dejando que la Vida del Señor nos transforme mediante la renovación de nuestra mente, necesitamos adaptar nuestra per-

sonalidad a la Vida del Espíritu; no podemos ser personas amargadas porque echamos a perder la victoria de Cristo, más bien debemos de ser personas llenas del amor de Dios, capaces de perdonar las ofensas de otros porque tal actitud va acorde a la Vida de Cristo.

La Escritura dice que si de verdad hemos resucitado con Cristo, busquemos las cosas de arriba. Hay muchos que, hasta el día de hoy, ni siquiera tienen el hábito de buscar la presencia del Señor de manera objetiva, no buscan a Dios porque se levantan tarde, y se levantan tarde porque no son capaces de dejar de trasnochar, la vida desordenada les pasa facturas todas las mañanas porque a causa del cansancio nunca tienen tiempo para buscar a Dios, esa actitud es mantener un odre viejo, un odre de indisciplina, un odre que quiere vivir en desorden, un odre que no conoce freno en sus deseos. Si no cambiamos nuestro odre, estaremos viviendo un cristianismo religioso, sólo de apariencias, al punto que no habrá ninguna diferencia con los que no conocen al Señor.

Termino con una advertencia muy seria, dice Lucas 5:39 ***“Y nadie, después de beber vino añejo, desea vino nuevo, porque dice: “El añejo es mejor”***. Si no cambiamos nuestros odres viejos, terminaremos gustando el vino añejo, es decir, la vida sin Cristo. Si no cambiamos los odres viejos, nunca encontraremos el verdadero sabor que tiene la Vida divina que nos han dado en Cristo, y al compararlo con la vida pasada, preferiremos más la vida antigua. Hermanos, tengamos cuidado de nosotros mismos porque, si somos sinceros, la vida del alma y de la carne es apasionante, nos causa efervescencia en todos nuestros miembros, es tan atractiva que muchos ni siquiera estando en Cristo quieren dejarla. ¿Acaso no es fácil para cualquier ser humano pasar horas metidos en el internet? ¿Acaso no se vuelve atractivo el morbo que nos despierta la web de saber tanto lo bueno como lo malo? ¿Acaso, hermanos varones, no es atractivo ver cualquier cantidad de partidos de fútbol? ¡Ah!, cuidense hermanos amados de no saborear demasiado el vino añejo.

El vino nuevo, que es la Vida en Cristo, sólo se volverá más deleitoso que cualquier placer de este mundo cuando lo conservemos en odres nuevos, cuando junto con ese fluir de Vida también seamos transformados mediante la renovación de nuestra mente. ¡Ah! Todo aquel que conserva el vino nuevo en odres nuevos, sí disfrutará a Cristo como su Vida, su vivir y su victoria. Su experiencia de vida será como dijo el salmista David: ***“Alegría pusiste en mi corazón, mayor que la de ellos cuando abundan su grano y su mosto”*** (Salmo 4:7). La Vida del Señor añejada en odres nuevos, es capaz de producir el gozo más grande en esta tierra. Los que nunca han probado el vino nuevo añejado en odres viejos sí tienen razón para vivir enamorados del mundo y las cosas que están en el mundo, pues, son totalmente atractivas para el hombre viejo, pero aquellos que han sabido guardar la Vida de Dios en odres nuevos y saben esperar a que esa Vida divina se añeje junto con su odre, gustarán del mejor vino.

¡Dios les bendiga!